



IDEAS COMO ESQUEJES

CARLOS ANDRÉS
SALAZAR MARTÍNEZ

A Emma B

Yo he cultivado ideas. Como esquejes las he ido recogiendo de jardines poblados de posibilidades. Mi computador tiene una rotación de cultivos distribuidos en carpetas que se adaptan a los ciclos de crecimiento y dan lugar a nuevos jardines. Jardines humildes como los de mi abuela. Esqueje, de hecho, le hubiera parecido a ella una palabra fea. Nunca hubiera osado cambiar su fanatismo por los *piecitos*. Una palabra definitivamente más bonita, más tierna, más cercana. Probablemente produzca más nostalgia, como ahora me parecen tantas de esas otras palabras que ella, pese a estar viva, científicamente viva, jamás volvió a pronunciar. Esqueje, debo decirlo, es una fea palabra, pero dará un tono más profesional al texto.

Mi abuela me hizo recoger esquejes en todos los antejardines. Un día recogimos, violando todas las normas y en un mundo sin cámaras de vigilancia, *piecitos* de diferentes tamaños en el Jardín

Botánico. Algún día hablaré sin reservas de mi Jardín Botánico. Pero por el momento puedo decir que tengo esta idea que se resiste a crecer: es sobre la soledad. Es sobre eso que jamás se nos ha dicho de quienes cultivan sus esquejes. Una de esas paradójicas cosas que la modernidad se ha empeñado en desconocer, pero en la que nos ha ido sumergiendo inefablemente a través de la omnipresencia de las más variadas estratagemas digitales.

Ella tenía un cultivo de esquejes sobre la poqueta. En vasos de mermelada, en botellas de plástico sin cuello, en tarros de Axion. Con sus cuidados la mayoría de los piecitos crecían rápidamente. Pronto eran merecedores de ser trasplantados a macetas con tierra en las que las raíces frágiles, recién surgidas, tenían la posibilidad de extenderse ocultas, siniestras, en compañía de las siempre resbaladizas lombrices. Una que otra tenía, después de años, la fortuna de dar frutos robustos y jugosos. Otras daban flores de colores vivos como escarabajos después de un par de meses.

Y pese a que Milan Kundera relaciona la soledad exclusivamente con la dulce ausencia de miradas, todos hemos vivido momentos de soledad semejante, en nuestra vida, bajo el escrutinio de ojos vigilantes.

Yo también le hablo a mis ideas. Ahora tengo esta a la que le digo palabras dulces, incitándola a crecer. Aguarda en un lugar en el que espero que la luz y las telarañas le ayuden. Y cada vez que voy a revisarla la encuentro en el mismo punto en el que la dejé la vez anterior. Justo las mismas frases encubriendo un propósito aún no revelado, mimetizado entre el escaso follaje y la maleza.

Es importante entender que no todo lo que se arranca de una planta es un esqueje. De hecho, hay partes en las plantas que son como un receptáculo de su código genético, son nodos, pequeños puntos que tienen la capacidad de forjar una planta nueva.

Es seguro que mi abuela no conocía el concepto, es por eso que de una planta recogía diferentes ramitas confiando en que la suerte le daría su ansiado piecito. Igual me ha ocurrido a mí, no toda frase, no toda idea tiene la potencia de generar en mi cerebro no dispuesto una idea nueva, más amplia. Con la maleza, en cambio, parece que todo fuera plántula; las enredaderas, particularmente, tienen la propiedad de que córteseles por donde se les corte, producen retoños, más maleza.

En ocasiones mi abuela, luego de hacer el corte en diagonal de rigor, podaba las plántulas, desechaba las hojas y ramas bajas para que estas crecieran con más tenacidad y maduraran pronto. La idea que va en esta carpeta, ya lo dije, va sobre la soledad, sobre esa sensación, sobre el hecho de que ya nadie parece tener derecho a sentirse solo, al igual que ya nadie tiene permiso para exhibir su tristeza, manteniendo, sin embargo, licencia para comercializar su alegría.

La soledad se ha dejado ver al lado de los esquejes

Por ejemplo, para poder trabajar en tuberías, tanques y minas se ha comenzado a exigir un certificado de trabajos en espacios confinados, y, aunque es posible que no tenga nada que ver en todo este asunto, esa frase es uno de esos esquejes del que espero una recompensa pronto; me parece que los escritores, pintores, caricaturistas y poetas deberían asistir a un curso así. Obtener un certificado de trabajos en espacios confinados implicaría entender que los mejores cultivos se han construido mucho más cerca del eco que resuena en un vacío estrecho que del escándalo de la vida diaria; mucho más en complicidad con las raíces y la aspiración de encontrar un lugar amplio más allá de las grietas.

Cuando de soledad se trata recuerdo que Michael Collins ha sido el hombre más solo del mundo, aunque del mundo es solo un decir. En 1969 dejó a Neil Armstrong y a Buzz Aldrin en la luna mientras él la orbitaba. A cada paso por la cara opuesta, sin posibilidad de comunicarse y a un satélite de distancia del ser humano más cercano, se convirtió en el hombre más solo de la historia. Pero también podría sostener que no es necesario dar la vuelta a la luna; muchas veces y más solo que Collins ha estado un camionero

en una carretera de Colombia. Más solo y sin oportunidad para pedir ayuda un tenista en un *tie break*, un lanzador en la parte baja de la novena. Otros te dirán que nada más solitario y miserable que quedarse a esperar un “me gusta” para una foto recién posteada. Todos requerimos maneras de prepararnos para ese tipo de soledad. Al final, como sostiene Baudelaire, quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo entre una multitud atareada. Y pese a que Milan Kundera relaciona la soledad exclusivamente con la dulce ausencia de miradas, todos hemos vivido momentos de soledad semejante, en nuestra vida, bajo el escrutinio de ojos vigilantes.

Y nada más solitario que esa vejez en la que se ha sumido mi abuela. La soledad y la confusión de su propia mente. Una mente que siente a su cuerpo capaz de cualquier proeza y un cuerpo que se sabe cerca del final y el deterioro. Consciente de una caducidad que la mente ignora. Mi abuela, pese a la devota paciencia que profesaba por sus piecitos, nunca estuvo preparada para asumir su propia vejez, esa fría y sola vejez, sin tecnología suficiente, para la que quizás ninguno esté lo bastante preparado. Para la que quizás sea necesario cultivar más ideas. Ideas inagotables. Que inquieten, que produzcan a su vez esquejes

La idea que va en esta carpeta, ya lo dije, va sobre la soledad, sobre esa sensación, sobre el hecho de que ya nadie parece tener derecho a sentirse solo, al igual que ya nadie tiene permiso para exhibir su tristeza, manteniendo, sin embargo, licencia para comercializar su alegría.

que sean dignos de saquear para construir en soledad nuestro propio jardín. No simplemente para replicar esas ideas, sino para incentivar una reflexión sin fecha de vencimiento, una de esas ideas fundamentales, inagotables, pese al confinamiento con el que nos asfixia el tiempo.

Este piecito lo robé del jardín de Maurice Maeterlinck. 

Carlos Andrés Salazar Martínez (Colombia)
Estudiante del Doctorado en Humanidades, Universidad Eafit.
Autor del libro de cuentos *Distancia de un deseo largo* (2015).

Este año, en el marco de la trigésima edición de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBO), se dio a conocer la lista de los **39 mejores escritores** de ficción menores de 40 años de América Latina. Entre los seis seleccionados de Colombia, tres son colaboradores de la Revista *Universidad de Antioquia*: Cristian Romero, Daniel Ferreira y Juan Cárdenas.

Cristian Romero



Daniel Ferreira



Juan Cárdenas

